



DON CIRCUNSTANCIAS.

SEMANARIO DE TODAS LAS COSAS Y OTRAS MUCHAS MAS,
DIRIGIDO POR J. M. VILLER GAS.

PRECIOS DE SUSCRICION EN BILLETES DE BANCO.					AÑO I.-NUMERO 2.		PRECIOS DE SUSCRICION EN ORO.			
	AÑO.	SEM.	TRIM.	MES.	REDACCION Y ADMINISTRACION, COMPOSTELA 109.			AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Habana	18 pesos.	9 pesos.	4'50 ps.	1'50 peso.	APARTADO, 644.		Interior (adelantado)			3'75 pesos.
Interior (adelantado) 21 id.	10'50 id.	5'25 id.		"	Habana—Domingo 12 de Enero de 1879.		España y Pto. Rico...	14 pesos.	7'50 pesos.	4 idem.
Número suelto 50 centavos.							Extranjero	15 idem.	9 idem.	5 idem.

LOS SERENOS.

Háse dicho que las elecciones de concejales se ganaron por la *Union Constitucional* en varias poblaciones, gracias á la intervencion de los *serenos*, y si ésto no ha sido exacto en el fondo, lo ha sido en las apariencias; porque, efectivamente, si elecciones *serenas* han tenido lugar en algun punto del globo terráqueo, esas fueron, sin duda, las que en Diciembre último se hicieron en la isla de Cuba.

Parecia que algun hombre se habia encargado de dirigir todas esas elecciones, y que ese hombre, resucitado con el solo fin de llenar tan agradable mision, era aquel Don Antonio Oscáriz, diputado navarro, de quien el célebre Padre Isla hizo esta admirable pintura:

Que se alborote el abismo,
Que el cielo se venga abajo,
Que el Ebro se pase al Tajo,
Don Antonio siempre el mismo.
En celestial parasismo
Parece que se enajena:
Cuando llueve, cuando truena.
Su carácter siempre igual;
Y si muere de algun mal,
Será..... de gota serena.

Ni el más ligero alboroto, ni el más leve disgusto, vinieron á dar á dichas elecciones la menor sombra de ilegalidad. Todo en ellas fué tranquilo, quieto, sosegado, pacífico, en una palabra, *sereno*. Habia en el cielo y en el mar la misma *serenidad* que reinaba en los ánimos, y no sé si por la noche se dieron *serenatas*; pero si se darian, porque el tiempo que hacia en las bajas, lo mismo que en las altas regiones atmosféricas, no podia ser más á propósito para ello.

De aquí vino, tal vez, la creencia de que la balanza de las elecciones se habia inclinado hácia el lado en que se colocaron los *serenos*.

Por mi parte, digo que, aún en el caso de ser esto verdad, habia que aceptarlo como justo, porque hora iba siendo ya de que llegasen á tener *voto*

los que durante muchos años han tenido *voz*; y el que niegue la *voz* que los *serenos* han tenido, debe haber dormido mucho.

Además, ¿hay algo de antiliberal en la *serenidad* que envuelve el nombre de la corporacion? Al contrario, el hombre libre debe estar siempre por lo *sereno*, y así lo entendió el ilustre militar y literato D. Evaristo San Miguel, cuando, al componer la letra para el que se llama *Himno de Riego*, comenzó su obra con las palabras

«Serenos y alegres..... etc.»

Por cierto que ahora me acuerdo de una buena broma del distinguido literato D. Ventura de la Vega, hombre que, en sus mocedades, tenia siempre tales ganas de diversion, que todavía no se han borrado de la memoria de mucha gente las diabluras con que él, Espronceda y otros, se proporcionaban diario ó nocturno entretenimiento.

Pues bien, ese señor Vega, que tenia una voz estentórea, se puso una vez en el balcon de su casa, durante las altas horas de la noche, y comenzó á gritar: ¡Serenos!

Apenas habia dado el primer grito, cuando un *sereno* empezó á tocar el pito con toda su fuerza, para llamar á otros *serenos*, á fin de acudir, en compañía de los que llegasen, al sitio donde habia resonado la voz de alarma. Pero esta voz se oyó de nuevo, exclamando con tono más sonoro y desgarrador que ántes: ¡Serenos!!!

Entonces el *sereno* que habia tocado el pito, lució sus robustos pulmones diciendo: ¡Allá vamos! y prosiguió tocando el citado instrumento.

Ventura de la Vega no cejó por eso, ántes bien, gritó con más energía que en las veces pasadas: ¡Serenos!!!

—¡Allá vamos! ¡Allá vamos! contestaron diez ó doce *serenos*, que ya se habian reunido, y que, jadeando, corrian hácia el lugar á donde su auxilio se reclamaba. Ya estaban cerca, y Vega seguia llamándolos, como si estuvieran muy lejos, hasta que,

colocados debajo del balcon de donde partian los gritos, dijeron: «¡Aquí estamos! ¡Qué sucede!»

Pero Vega no hizo caso, y dando al aire con mejor timbre que nunca el terrible grito de ¡serenos!!!! continuó cantando la copla de D. Evaristo San Miguel:

«Serenos y alegres
Al campo volemos, etc.»

Dicese que los *serenos*, al ver la broma, echaron á paseo al que se la daba; pero poco le importó á éste lo que los *serenos* le decian, y así, en lugar de irse á paseo, se fué á la cama, donde pasó el resto de la noche descansando, como si nada hubiese sucedido.

Se dirá que ésto no viene á pelo, cuando de unas elecciones municipales se trata; pero yo respondo que si viene, cuando hay quien quiere desvirtuar unas elecciones, por haber tomado parte en ellas esos pobres *serenos* que, á otros nocturnos trabajos, agregan algunos como el de la *guasa* que acabo de referir. Lo cierto es que, en este mundo, todos vemos alguna vez; pero los *serenos* velan siempre por nosotros; como es verdad que, aunque ellos llegasen á recoger los laureles que muchas veces ganan con los servicios que prestan, ni aún podrian dormirse sobre sus laureles, á lo ménos durante las horas en que lo hace cualquiera que no sea *sereno*.

Pero, entrando ya en el fondo de la cuestion, pregunto: ¿pueden los hombres del progreso rechazar la influencia política de los *serenos*, aún en el caso de ser esa influencia tan poderosa como se supone? Cabalmente, hasta en los tiempos del *oscurantismo*, eran los *serenos* los hombres de las *luces*, pues ellos tenian la incumbencia del alumbrado público, desde que se inventó ese alumbrado, y todavía lo son, puesto que nunca dan un paso sin llevar el farol, con que se alumbran, y el chuzo, con que suelen *alumbrar* á los malhechores, haciéndoles ver las estrellas, por encapotado que esté el cielo. Con que no debe temerse que en ellos haya retrógradas tendencias.

Hay quien se queja, no obstante, de que el partido constitucional ganase las *Mesas*, con el apoyo de la *serenísima* falange, afirmación de la cual debe rebajarse mucho, puesto que dicha falange no es tan numerosa como ha querido suponerse; pero aunque la aserción fuese exacta, pareceme muy desacertado el quejarse de aquello que debiera agradecerse, y esto lo digo porque, si fueron los *serenos* los que la *mesa* pusieron en cada uno de los colegios que dieron gran mayoría á la *Union*, ¿qué podían apetecer los adversarios más que llegar á *mesa puesta*?

De lo que no cabe duda es de que los *serenos* votaron, usando de su derecho. Si votaron por éstos ó por los otros, yo no sabré decirlo; pero también estaban en su derecho al votar por quien les diese la gana, y no sería extraño que, como todos ellos tienen sobrado tiempo para hacer observaciones astronómicas y meteorológicas, influyeran en su resolución los puntos negros que hubiesen visto en el horizonte, puntos que, como es bien sabido, fueron descubiertos por Napoleón III, poco tiempo antes de la guerra que le condujo á la catástrofe. Con todo, como á alguien les había calificado resueltamente de *unionistas*, estaba yo durante las elecciones pendiente de lo que ellos dijeran, por si algo se les escapaba que me diese á conocer por la noche lo que había ocurrido por el día; y tanto que, una vez, hallándome en lo mejor de un delicioso sueño, desperté súbitamente, creyendo haber oído gritar al *sereno* de mi barrio:

— ¡Las dos y media!!..... ¡Y perdemos!!

Quedéme un rato escuchando, por si el canticio se repetía, y efectivamente, se repitió de allí á breves instantes; solo que entonces me produjo muy diferente ilusión, pues se me figuró haber oído decir:

— ¡Las dos y media!!..... ¡Y ganamos!!!

— ¿Qué es esto de que ganamos y perdemos? pensé yo, lanzándome de la cama y abriendo un balcon, para percibir más clara y distintamente lo que el *sereno* cantaba, y pronto tuve el gusto de ver que me había equivocado, pues lo que el vigilante nocturno decía era:

— ¡Las dos y media!!..... ¡Y sereno!!!

Fuéme necesario apelar á los periódicos, para saber lo que ocurría en la electoral contienda, y entonces me enteré de las cosas que, contra sus propios amigos, decía uno de los aludidos órganos de la opinión pública; el cual se quejaba de lo que estaba pasando, haciéndolo en una forma que me pareció inusitada, no porque literariamente fuese mala, pues el tal colega, dicho sea en honor de la verdad, escribe, en general, con tan notable corrección como recomendable galanura de estilo, sino porque, creyendo que muchos de sus correligionarios se abstendrían de votar, hasta de pusilánimes los tachaba.

Yo no diré que el cargo fuese fundado; pero me atrevo á asegurar que, si lo era, nadie tenía la culpa de ello más que el mismo periódico á que me he referido. ¿Por qué? ¡Toma! Porque como ese periódico había echado á volar la especie de que la falange de los *serenos* era enemiga de su partido, y como estamos acostumbrados á ver siempre á cada uno de los *serenos* con su indispensable *farol*, habría electores que no quisieran salir á la calle, temiendo que la función se concluyese..... á *farolazos*.

EL TRUENO GORDO DE TEMBLEQUE.

Para escribir dramas de efecto, como los que en el día llaman la atención, el mejor de los autores era un poeta amigo mío, y amigo también de cierto

distinguido letrado que hoy reside en la Habana, el cual poeta hizo un drama que, entre el crecido número de sus interlocutores, contaba *ciento catorce verdugos*.

Lo que el indicado autor haría de tantos verdugos, nunca llegué á saberlo, por no haber tenido valor para leer su obra; pero supongo que esta se recomendaría, siquiera, por su moralidad, diferenciándose así de las que hoy presentan los humanos vicios en toda su repugnante desnudez, para venir á parar á lo que llamé yo en el número anterior de este semanario *el trueno gordo de Tembleque*, y voy á decir lo que vino á ser ese trueno.

Vivía en Madrid, hace ya largo tiempo, un hombre verdaderamente desgraciado, que se llamaba Mascaraque, lo que me traía á la memoria, siempre que al tal sujeto veía, esta cuarteta de uno de los más inspirados romances de Quevedo:

«Mascaraque, el de Sevilla,
Zamborondon, el de Yepes,
Se dijeron, mesurados,
Lo de sendos remoqueles.»

En cuanto al nombre propio del individuo, ni aún la esperanza de recordarlo me queda, por la sencilla razón de que nunca lo supe. Solo me constaba que el buen Mascaraque era honrado y trabajador; bien que, con decir lo último, estaba dicho lo primero, pues pocas veces el hombre trabajador dejará de ser honrado.

Pero tenía Mascaraque tan malísima suerte, que hubiera podido apropiarse aquellos versos de otro romance del mismo Quevedo ántes citado, que dicen:

«Dejo de tomar oficio,
Porque sé, por cosa cierta,
Que, en siendo yo calcetero,
Andarán todos en pierna.»

Sin embargo, ahora veo que no le cuadraban del todo estos versos al buen Mascaraque, quien, lejos de resolverse á no tomar oficio, emprendió cuantas ocupaciones podían, en su concepto, darle la subsistencia; solo que en todas ellas fué desgraciado.

Se hizo actor y le silbaron injustamente; se puso á escribir, y le pagaban á medio duro por pliego de impresión, en letra microscópica; se dedicó á afinar pianos, y vino la moda, que todavía dura entre algunas familias pudientes, de tener los mejores pianos convertidos en carracas; se metió á cajista, y llegó la Ley Necedal, que estuvo para dar en España al traste con el gran descubrimiento de Gutenberg; se resignó á ser comisionado de apremios, y dieron los contribuyentes en pagar con puntualidad los tributos que se les imponían, y, por último, después de hacerse pintor, y ver que en medio año solo se le había proporcionado la tarea de pintar una puerta cochera, se metió á pirotecnico, vulgo, polvorista.

Oficio socorrido era este, por la afición que en todo el mundo hay á los fuegos artificiales, aunque en ninguna parte tanto como en la República Peruana, según lo haré ver en alguno de los artículos que pienso consagrar á mis *Viajes por la América del Sur*; y contando con este nuevo recurso, y llegando nuestro héroe á *Tembleque*, villa manchega, como de cuatro mil habitantes, sobre ochocientos más ó menos, dió la feliz casualidad de que, pocos días después, iba á ser el del Santo Patron de aquel pueblo; de modo que en seguida hubo trabajo para el buen Mascaraque.

Por desdicha, no era fácil encontrar allí los elementos necesarios para producir lo que se llama *el trueno gordo*, que es la detonación final de todo árbol de pólvora, y que no agrada al público, si no dá un estampido capaz de ensordecir á la gente y romper los cristales de las casas vecinas.

Pero Mascaraque era hombre de imaginación, y, á falta de otros medios, pidió el cubo de un carro, que tal es el nombre que lleva la pieza colocada en el centro de la rueda, y en la cual por dentro entra el eje, y por fuera los rayos. Al momento le proporcionaron lo que había pedido.

Logrado esto, ¿qué hizo Mascaraque? Llenó y rellenó de pólvora la cavidad interior del cubo, atacando cuanto pudo por un lado y por el otro los terribles tacos, á fin de que el ruido que hiciera la descarga fuese oído, no solo en las aldeas inmediatas, sino hasta en el Toboso, cuna de la sin par Dulcinea, y aún en aquellos lugares de Sierra Morena, donde tan raras cosas le pasaron al *Caballero de la Triste Figura*.

No era fuerte en física el buen Mascaraque, y así no supo calcular que, ofreciendo mayor resistencia las tapas que había puesto á los extremos de la parte interior del cubo, que la madera de que éste se componía, debía temerse que dicha madera se hiciese mil pedazos al verificarse la explosión; pero también debo decir que no tenía él toda la culpa de la excesiva consistencia que dió á dichas tapas, sino algunos vecinos, que le habían puesto por condición, para recompensar con largueza su trabajo, que el *trueno gordo* fuese verdaderamente *gordo*, es decir, que dejase memoria en el pueblo y sus alrededores.

Mis lectores preguntarán: ¿Y qué sucedió?

¡Ah! Sucedió que llegó la noche de los fuegos artificiales, y que éstos empezaron muy satisfactoriamente, pues el pueblo todo, aglomerado en la plaza, de tal modo que, como suele decirse, ni un alfiler hubiera cabido en ella, dió en aplaudir los cohetes de colores, que con verdadero primor había preparado el buen Mascaraque.

Sucedió que tuvo su término la parte de los cohetes y principió á arder el árbol, cuyas ruedas lumínico-giratorias causaron indecible asombro en la bondadosa multitud, la cual prorumpió en grandes exclamaciones de alegría y tributó al pirotecnico estrepitosos aplausos.

Sucedió también que algunos decían que aún faltaba lo mejor, y lo mejor, para ellos, ya se supone que sería el *trueno gordo*. Así, á medida que éste se aproximaba, la gente dejó de aplaudir y de gritar, hasta quedar la plaza en el más profundo silencio; si bien todos los espectadores estaban diciendo, unos en voz baja, y otros para sus adentros: ¡ahora! ¡ahora! Y así pasaron algunos segundos de indescriptible ansiedad para el pueblo, cuando..... ¡pum!!!! Sonó el *trueno gordo*, al cual siguieron ayes desgarradores, angustiosos alaridos y espantosas imprecaciones; porque el cubo de la rueda había reventado, haciéndose astillas de tal manera, que dejó tendidos en el suelo catorce cadáveres, causando como treinta ó cuarenta heridas, de mayor ó menor gravedad.

Según debe suponerse, á los alaridos de las personas heridas, á los ayes de los moribundos y á las imprecaciones de los contusos, sucedió también que todos los circunstantes que vivían, dieron el terrible grito de: ¡venganza!

Pero ocurrió entonces una cosa que nadie se ha podido explicar, á saber: que el buen Mascaraque no fué hallado, vivo ni muerto. Nadie le había visto huir, y aún la fuga parecía imposible para un hombre á quien rodeaba una numerosa y compacta multitud; mas el hecho era que él se había escapado, sin saberse cómo, aunque, una vez que de los efectos de la *pólvora* iba siendo conocedor, debía presumirse que se iría poniendo los pies en *polvorosa*, para evitar las consecuencias del desastre que había ocasionado con su *trueno gordo*.

En eso se diferenciaba principalmente el buen Mascaraque de algunos autores dramáticos que yo

conozco, en que huyó al ver el resultado de su obra, mientras dichos autores, en lugar de huir, se quedan muy tranquilos entre bastidores, aguardando á que el público les llame, para salir con imperturbable serenidad á recibir los aplausos que merecen, por lo bien que han preparado el *trueno gordo*, que tal es el nombre que debe darse al desenlace, al *Deus ex machina* de sus producciones, á las cuales venia de molde este último verso de la tragedia del *Manolo*:

«¿Nosotros nos morimos, ó qué hacemos?»

CISMA.

Esta palabra, de la cual se presume que ha salido la española *chisme*, viene de la griega *skhismos*, y denota division, desunion, separacion, segregacion &c, de donde resulta que, al emplear nosotros esa palabra, ú otras de igual origen, realizamos aquello de decir las cosas en griego, para mayor claridad, como lo hacia el famoso Don Herógenes, y, además, nos expresamos en la lengua de Homero y de Platon, sin haber caído, tal vez, en la cuenta de que sabíamos tanto.

Verdad es que, no solo con el griego nos sucede lo que acabo de manifestar; pues lo mismo nos pasa muchas veces con el francés. Para probar esto, citaré, entre mil que me ocurren, la palabra *edecan*, sacada evidentemente de las tres francesas *aide-de-camp*, que quieren decir: «ayudante de campo»; y lo mismo nos acontece con el inglés, al pronunciar voces como la de *contradanza*, que carece de sentido en castellano y lo tiene muy claro y definido en la lengua de John Bull, puesto que, en esa lengua, *country* significa país, y *dance*, baile ó danza: de manera que *country-dance* es una voz compuesta, que está claramente diciendo *baile ó danza del país*, ya que no esté diciendo *comedme*.

Pero importa poco lo dicho, y que haya un día del año en que todos los católicos españoles hablen en latín, que es el día de *Corpus Christi*, como hay una poblacion cubana que tampoco podemos nombrar nunca sin hablar en el idioma de Ciceron, siendo *Sancti-Spiritus* la poblacion aludida. Lo que importa es saber que, en esa misma ciudad de Sancti-Spiritus, tan sensata y tranquila como siempre la hemos conocido, acaba de nacer un terrible *cisma*, el cual, para que se vea la verdad de lo que sobre las causas y sus efectos ha dicho Scribe, debe su origen á un folletín del apreciable periódico *Guzman de Alfarache*.

Lo peor del caso es que el tal *cisma*, se halla principalmente mantenido por el bello sexo, y digo que eso es lo peor del caso, porque, cuando las disensiones de doctrina tienen lugar entre los hombres, sin intervencion de las damas, suelen las contiendas dirimirse por falta de pasion entre los bandos opuestos; pero cuando son *ellas* las que se enzarzan, la pasion no puede faltar en la lucha, como tampoco pueden dejar los hombres de tomar la cosa por donde quema.

El hecho ha sido este, si no estoy mal informado. En *Sancti-Spiritus* hubo un baile. ¿Qué tenía eso de malo? Nada. ¡Ojalá se bailase mucho en la Habana y demas poblaciones de la isla! Varias jóvenes afiliadas en la comunión que lleva el nombre de *Las Hijas de María*, siendo bonitas, y no habiendo pronunciado votos que las impidiesen animar una distinguida reunion con sus encantos, asistieron á dicho baile. ¿Qué habia de malo en eso? Nada. ¡Ojalá que yo hubiera sido joven y me hubiese hallado en la funcion, para bailar con ellas! El arriba mencionado periódico, celebró la ocurrencia, diciendo que las hijas de María habian trocado momentáneamente la medalla por los adornos de baile, sin que, al decir esto, quisiera ofender á la femenil corporacion, ántes bien, trató de estimular á las bellas espirituanas á hacer renacer la alegría, sin perjuicio de los devotos ejercicios á que ordinariamente quisieran entregarse. ¿Qué habia de vedado en tal conducta? Nada. ¡Ojalá tuviera yo frecuentes ocasiones de imitar al buen *Guzman de Alfarache*.

Pero otras *Hijas de María* creyeron que el bailar era pecado muy gordo, por lo cual se enojaron con aquellas de sus compañeras que habian bailado, y con el periodista que dió cuenta del baile, segun lo hicieron ver en un expresivo co-

municado que dirigieron á otro periódico espirituario, que se nombra *La Conciliacion*, y aquí dió principio el *cisma de oriente*, que oriental es para los que estamos en la Habana, si bien puede tambien ser *cisma de occidente* para los que están en Santiago de Cuba.

Digo que principió el *cisma*, porque, ver en *La Conciliacion* el comunicado de las *Hijas de María*, y mandar las *Devotas de la Virgen á Guzman de Alfarache* otro en contra del de aquellas, todo fué uno. Ahora, si no es un *cisma* verdadero el que hay en Sancti-Spiritus, donde unas *Hijas de María* bailan y otras anatematizan el baile, y donde las *Devotas de la Virgen* pelean con las *Hijas de María*, dígame qué nombre debo dar á lo que ocurre. Y todo ¿por qué? Por el baile.

Ya voy yo viendo que el tal baile puede, en ciertas ocasiones, ofrecer más serios inconvenientes de los que imaginaba el Presidente Expurgador de 1823, y vá de cuento.

Habian entrado en España cien mil franceses, con cuyo auxilio, y con la capitulacion de Ballesteros, lograron los absolutistas derribar la Constitucion, y, á fin de borrar todo vestigio de libertinaje, nombró el nuevo gobierno una *Comision Expurgadora*, para que examinase las Bibliotecas Públicas y condenase al fuego cuantos libros, folletos ó colecciones de periódicos tuviesen tendencias contrarias á la religion ó al principio de autoridad. Era Presidente de dicha comision un hombre que, más instruido que los otros, se arrogó el derecho de calificar las obras él sólo, y así, con que el simple título de dichas obras le disgustase, las mandaba á la hoguera, sin oír la opinion de sus camaradas.

Pero sucedia que el Sr. Presidente no sabia el francés, y llegando á una de las Bibliotecas en que habia muchos libros escritos en dicho idioma, Dios sabe los que hizo quemar como heréticos, siendo muy religiosos, y los que mandó conservar por inofensivos, aunque en ellos se atacase á todas las creencias.

Tomó en sus manos uno en cuya portada decia: «*Recueil d'anecdotes*,» que es lo mismo que «*Coleccion de anécdotas*» y exclamó: ¿Qué veo? Esto de *anecdotes*, se comprende que es cosa de chascarrillos ó anécdotas, como decimos nosotros; pero el autor se llama *Recueil*, nombre que me hace sospechar que no puede ser bueno el hombre que lo lleva. ¡A las llamas!

Y condenó á la hoguera el libro más ameno y más inocente que en Francia se habia publicado despues de la Restauracion.

Agarró otro, en el cual leyó: *Recherches historiques*, que es como si dijéramos *Investigaciones históricas*, y dijo: ¿Qué tal? ¿Por aquí andaba el señor *Recherches*? Pues peor me suena este nombre que el del señor *Recueil*; con que: ¡a las llamas!

Y abrasado pereció el ejemplar de una obra en que se enaltecia el Derecho Divino, haciendo una negra pintura de las revoluciones y de los revolucionarios. Pero cuando el Sr. Presidente rechinó los dientes y se puso lívido de cólera, fué al tropezar con otro libro que se titulaba: *Abrégé de Morale Chrétienne*, que es, lo mismo que *Compendio de Moral Cristiana*, porque «¡Dios mio! exclamó el buen hombre, ¡*Abrege* apenas se diferencia de *herege*!... ¡a las llamas!!!»

Hay que advertir que el Presidente pronunciaba la *g*, ántes de la *e*, como se hace en nuestro idioma, y que suprimia todos los acentos. Por eso le sonó tan mal la palabra *Abrégé*, con cuyo motivo hizo quemar un libro destinado á difundir la Moral cristiana por todo el mundo. Entonces cogió el tomo primero de una obra que contenia varios, y que decia: *Oeuvres de Bayle*, y, volviéndose hácia sus compañeros, y riéndose á carcajadas, dijo:

«¡Obras de baile! ¡Qué divertidas y alegres deben ser estas obras! ¡Hubieran ustedes imaginado que el baile pudiera prestar asunto para escribir tanto! Lo que yo siento es no saber el francés, pues esto me priva del gusto de leer unas obras que merecen de todas maneras conservarse, para solaz y recreo de las personas instruidas.

Y así se libraron de la hoguera las obras escritas por el hombre que precedió á Voltaire en la tarea de demolicion del cristianismo, yendo más lejos que el mismo Voltaire en sus lucubraciones irreligiosas.

¿Y á propósito de qué ha salido esto? ¡Ah! Ya recuerdo que lo motivó el baile de Sancti-Spiritus, que ha dado nacimiento al nuevo *cisma*, como del *Bayle* del pasado siglo, es decir, del autor que se

apellidaba Bayle, tuvo origen el *cisma* que los enciclopedistas produjeron más tarde en gran parte de Europa; de donde podrán inferir los médicos que no es solo el *Baile de San Vito* el que debe mirarse con recelo.

Sin embargo, ¡qué diantres! yo creo que solo por un raro incidente ha podido nacer una division del baile, que es una diversion destinada, por el contrario, á estrechar relaciones y aún á engendrarlas, de tal modo que, de cada cien matrimonios existentes en cualquier país, es de presumir que los noventa y cinco hayan provenido de la ocasion que un baile dió á la comunicacion de mútuos afectos; de donde se deduce que, quien el baile favorece, por la sana moral trabaja.

Pero, ¿y el *cisma*? ¿No habrá modo de atajarlo? ¡Ah! Piensen las personas desidentes en que San Cipriano, hablando contra los novacianos, San Agustín, discurriendo contra los donatistas, San Gerónimo, escribiendo contra los luciferianos, y otros muchos autores sagrados, ya Padres, ya Doctores de la Iglesia, ocupándose de materias varias, han hecho ver los perjuicios de la desunion, llegando San Optato Melaviano á decir que el *cisma* es peor que el parricidio, en prueba de lo cual, recuerda que Cain no fué castigado por Dios con la muerte, por haber asesinado á Abel, mientras que Coré, Dathan y Abiron murieron de hambre por haber ocasionado la discordia en el rebaño del Señor.

Afortunadamente, creo que á estas horas habrá terminado la querella entre las bellas *Hijas de María* y las no ménos hermosas *Devotas de la Virgen*; pero, en cambio, esa querella ha comenzado entre el Dr. Juan Perpiñá, Misionero Apostólico y partidario de las *Hijas de María*, y el Director de *Guzman de Alfarache*, que defiende á las *Devotas de la Virgen*, y sabe Dios cómo terminará su polémica, de la cual hablaré la semana que viene.

Entre tanto, me permitiré recomendar á los contricantes lo que, sobre las opiniones de muchos Santos Padres he indicado á las bellas, añadiendo el parecer de San Pablo, quien no dudó incluir la division de los fieles entre los pecados de la carne, diciendo, en su *Espístola ad Galatas* V. 19 y 20: *Manifesta sunt autem opera carni..... idolorum servitus, inimicitia, contentiones, &c.*

Con que, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &, &.

NOTICIAS LOCALES DE LA SEMANA.

Que, hallándose empleado en la tahona De, no se dónde, un mozo muy tunante, Un descuido acechó de la patrona, Y se alzó con el santo y la limona. (No admitió la *limosna* el consonante).

Que cerca del famoso Baratillo, Entre dos hombres hubo una *agarrada*, Sin refir, siendo el caso tan sencillito, Que uno *agarró*, como quien no hace nada, Cuanto el otro llevaba en el bolsillo.

Que, sorprendido en ásperas faenas, Un hombre han puesto dónde mal concluía, Tan generoso, en medio de sus penas, Que jamás ha tenido cosa suya, Porque, cuantas lució, fueron ajenas.

Que estando hace ya tiempo vigilado, Como, al fin, *infraganti* le han cogido, Otro pollo de cuenta han encerrado, Que, aunque siempre del hurto haya vivido, Tiene la flemma de llamarse Hurtado.

Que un hombre de estatura, más bien alta Que baja, á quien por hábil y modesto, Colocó en cierto puesto un tal Peralta, Ya hace dias que falta de su puesto, No siendo sólo el hombre lo que falta.

Que de un baul (calzada de Galiano) Joyas, oro y billetes han partido, Sin que se sepa cómo, aunque es bien llano, Que si un robo ocurrió, debe haber sido Un ladron el que allí metió la mano.

Que Juan huyó, llevándose unos reales, Que Perico heredó, sin que su herencia En derechos fundárase legales..... Tales son, con escasa diferencia, Buen lector, los sucesos semanales.

CROQUIS ELECTORALES.



Un candidato para diputado á Cortes, ensayando el efecto de sus discursos en el seno de la familia.



Quando podamos ser alcaldesas y gobernadoras nuestro programa político será éste: "Artículo único- Todo soltero de mas de 18 años será condenado á trabajos forzados"



—¿Que estás hablando de ciudadanos libres? No seas bobo, amigo mio; manden liberales ó manden conservadores, desde la creacion del mundo hasta nuestros dias, el gobierno ha sido, es y será de las mujeres y cada vez mas absoluto.



ANTES DE LAS ELECCIONES.

Hemos de corregir abusos.



DESPUES DE LAS ELECCIONES.

Hay que corregir abusos.



MAS DESPUES.

Con que hay que corregir abusos?

ALGO DE OPERA.



Duo de Rigoletto por la Sra. Varesi y el Sr. Ciapini.



El terrible Sparafucile.



El infeliz Monterone.



Los pagecitos y damas del rey.



Gran voz la del tenor Aramburu; es mas potente que el cañon que lanza por los aires à Madlle Geraldine.



Y cuando aplaudimos en Lucrécia á la simpática Urban?



Y cuando volvemos á ver á Souvestre de rey de bastos haciendo equilibrios con aquella tranca?

Y cuando varian de peinado las coristas?

A DON CIRCUNSTANCIAS.

Paris, 10 de Diciembre de 1878 (1).

Estimado amigo mio;
Saludo á usted, aunque dudo
Cómo hilvanar mi saludo,
Cuando me muero de frío.
Este me tiene tan harto,
Que ya copiar solo puedo
Lo que un día el gran Quevedo
Le dijo á Felipe Cuarto.
Yendo el rey, no sé por dónde,
Vió á Quevedo ¡cosa rara!
Hacia otro lado la cara
Volver, como quien se esconde.
A lo que, en forma discreta,
Con una interrogacion,
Dió amistosa reprension,
Y le contestó el poeta:
«Los amigos verdaderos,
En estas mañanas frías,
Ni se dan los buenos días,
Ni se quitan los sombreros.»
Así, pues, DON CIRCUNSTANCIAS,
No más palabras ociosas;
Y á decir voy varias cosas,
Unas frescas y otras rancias.
Rancio va siendo en la tierra
El *quebrar*; más, sobre todo,
Abunda ya de tal modo
Ese estilo en Inglaterra;
Que, hoy, para *sumar* (¡horror!)
Dos, tres, ó más comerciantes,
Es preciso darlos ántes
Comun denominador.
Por aquí no anda tan malo,
En mercantiles asuntos;
Mas políticos barruntos
Hay de fuerte varapalo.
La cosa se pone fea,
Segun miran de reojo,
Los que el fiero desalojo
Aguantan en la Asamblea.
Dígalo el gran Cassagnac,
Quien tan bien se ha despachado,
Que por poco no ha pasado
De la Cámara al vivac;
Y á fé, que, pártame un rayo,
Si me meto en las honduras
De defender las locuras
Del Ministerio de Mayo.
Mas es sandez como un templo,
De entre los representantes
Lanzará ciertos danzantes,
Cual Cassagnac, por ejemplo;
Pues, á decir la verdad,
Si este es terrible enemigo,
Quien le tiene por amigo...
Tiene una calamidad.
Porque el mozo es tan inculto,
Tanpreciado de valiente,
Tan audáz, tan insolente,
Tan pródigo en el insulto,
Que nada le satisface;
Y si de génio no muda,
Comprometerá, sin duda,
La mejor causa que abraza:
Eso, lo digo con pena,
Suponiendo, aunque os asombre,
Que alguna vez el tal hombre
Pueda abrazar causa buena.
En cuanto á los senadores,
Que van á elegirse pronto,

(1) Se ha encargado de las correspondencias de Paris el mismo escritor que las tuvo á su cargo cuando, en 1874, el que hoy es DON CIRCUNSTANCIAS, daba á luz EL MORO MUZA.

Solo esperará algun tonto
Que salgan conservadores;
Porque, en fin.....pero mi crítica
Vá traspasando su asunto,
Y he de pasar á otro punto,
Cansado de la política;
Pues la hallo tan paradógica,
Me tiene tan fastidiado,
Que á los estudios me he dado
De la ciencia cronológica;
Con lo cual iré tan lejos,
Que, registrando antiguallas,
Es decir, ruinas, medallas,
Códices y libros viejos,
Ya una gorda maravilla
Logró descubrir mi afán,
Y es..... que nuestro padre Adán
Fué cocinero en Sevilla.
¿Es flojo el descubrimiento?
¿Podrán negar las naciones
Que me sobran mil razones
Para brincar de contento?
Pues bien, si alguna Academia
Con su amparo no me abriga,
Justo será que yo diga,
Que el mérito no se premia,
Y solo medra..... la intriga.

TURURÁ.

IYA SOMOS TRES!!

Dije en el primer número del periódico que lleva mi nombre (DON CIRCUNSTANCIAS), que habia en Cuba cuatro partidos, contando entre ellos el que formábamos Landaluze y yo, por más que éste constase sólo de dos personas, y tuve razon al decirlo, porque las doctrinas y no el número de los afiliados en una comunión política son las que deciden la existencia ó no existencia de esa comunión, lo mismo acá que en Valladolid.

También me dejé decir entonces que, tanto más bonito era el porvenir que á mi correligionario y á mí nos estaba esperando, cuanto ya contábamos con un periódico para hacer propaganda. ¿No fué eso lo que yo dije?

Pues bien, no ha trascurrido una semana, sin que nuestra predicación produzca sus naturales y lógicos efectos; porque, efectivamente, acabo de recibir la carta que insertaré á continuación, la cual me autoriza para exclamar, con el gozo que imaginar pueden mis estimados lectores: ¡Ya somos tres!!

Hé aquí la carta á que me contraigo, y que mis lectores verán con gusto, pues en ella prueba el estimable neófito poseer dotes literarias dignas de la pública atención, y no digo más, porque no se atribuyan mis elogios á espíritu de *pandillaje*.

«Cárdenas, Enero 6 de 1879.

Señor DON CIRCUNSTANCIAS.

Habana.

Muy señor mio: Ayer le he leído á V. y me ha gustado V. bastante. ¿Se asombra porque digo que le he leído? Pues no debiera V. asombrarse; porque, si hoy se *versifica* á las personas, ¿qué hay de extraño en que se las lea?

Y tanto me ha gustado V., que he tomado una determinación de que voy á hablarle.

Usted y Landaluze forman un partido. Son pocos; pero en verdad que Jesus empezó él sólo á formar el suyo: predicó y ya vé V. los prosélitos que ha llegado á tener. Ustedes predicán y los obtendrán también; es más, ya los han obtenido, y ahora viene lo de la determinación que he indicado á V.

Desde hoy somos tres los del partido, siendo yo el número tres. ¡Cómo llena la boca el decir tres!... Y es un número místico, que comprende la Trinidad Católica: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y también comprende la índica: Brahma, Vichnou y Siva.

En otros misterios es, así mismo, simbólico, significando cosas. Por ejemplo: *Sabiduría, Fuerza y Belleza* combinadas. Representa los tres elementos: *aire, fuego y agua*, y las tres potencias de la divinidad: *crear, conservar y destruir*. Los que esto han descubierto se olvidan de agregar que el número simbólico y divino, como lo llamaba Pitágoras, el número 3, multiplicándolo por 4, y añadiendo la unidad al producto, dá la docena del fraile, con que ya vé V. el partido que mi idem puede sacar del número 3.

Ahora bien: si he determinado ingresar en el partido de Landaluze y V., no es sólo porque la muestra tipográfica de ustedes me haya gustado, sino porque, voy á ser franco: *rara avis*..... ¿eh? porque hasta ahora no he pertenecido jamás á partido ninguno.

Y mire V., soy tan liberal, que no tengo *un medio*; tan *unionista*, que, aún siendo presidente de ciertas sociedades, nunca mi voto ha valido por dos; y tan moderado que, pudiendo rezar un rosario á cada santo (porque, ¿quién me lo impediría?) me he limitado á rezar uno sólo, con aplicación á todos. Respecto á demócratas, bástale á V. saber que, por ferrocarril, viajo en coche de 3ª, pues por democracia se entiende hoy lo antipoda de toda comodidad y elegancia. Y, sin embargo, (aún estando sereno) ni *La Marina*, ni *El Triunfo*, ni *La Patria*, ni *La Libertad* me han hecho abandonar la expectativa, para correr á sus respectivas huestes.

Me cuelo, pues, en el ejército *uni-bi-personal* de ustedes. Esa es la *se-cuela* de sus artículos, y no podrá V. quejarse, sin faltar á la lógica.

Conozco á V. desde que vi cierta *Charanga*. La *fecia* es larga, sí; pero, como V. ha tocado siempre la misma tonada desde entonces, á pesar de valerse de distintos instrumentos y vivir en distintos países, haciéndolo siempre con afinación, esas es, para mí, una garantía de su conducta venidera.

Por lo tanto, no vacilo un instante en decir que me afilio al partido de Landaluze y de V., y si no quieren ustedes admitirme, á causa de no saber mi procedencia, é ignorar mis méritos, entonces *me cuelo, me arrebiato, me introduzco subrepticamente* en el partido mencionado.

Mande V. á su afino. servidor,

EL TERCERO DEL PARTIDO.

Contestacion.

Habana 6 de Enero de 1879.

Sr. TERCERO DEL PARTIDO.

Cárdenas.

Muy señor mio: No se *arrebiata* V.; no se *cuele* V., no se *introduzca* V. *subrepticamente*, donde será recibido con cariño, y tratado con tal agasajo que, como se decía en el cartel-anuncio de cierto baile de máscaras á que yo asistí cuando era joven, *habrá pisco-lábis*.

Eso sí, para tener V. algun puesto notable en el partido en que ingresa, necesario será que se espere V. á que hagamos la adquisición del cuarto prosélito; pues, siguiendo la costumbre por otros establecida, la dirección y subdirección del partido la hemos tomado ya Landaluze y yo, siendo yo el primer jefe, porque, cuando llegó Landaluze, ya me habia apoderado del cargo más importante, que si no, habríanse trocado los papeles.

De manera, carísimo cofrade, que, por ahora, tiene V. que ser el pueblo, la masa, la muchedumbre del partido, en el cual habrá, por consiguiente, dos jefes para un sólo soldado, sucediendo casi aquello de que toda la baraja se vuelva áses, cosa que no debe llamar la atención de un hombre de mundo.

Eso sí, tan pronto como contemos con un cuarto correligionario, la plaza vacante será para V. ó, por mejor decir, para él, pues él sólo tendrá que componer entónces el pueblo de la agrupación, pasando V. á ocupar un cargo más distinguido, que se creará con el solo fin de tenerle á V. contento; y así sucesivamente, á medida que con nuestra propaganda vayan engrosando las filas, irán otros ascendiendo, como es justo, que en toda sociedad bien organizada, el que más avanza es el que más corre, y si falta el turrón, será para los que lleguen tarde al reparto.

Aprovechando la buena ocasión que la suerte me brinda, tengo el gusto de ofrecerme de V. seguro servidor y correligionario.

DON CIRCUNSTANCIAS.

Hé aquí, lectores, lo que yo he contestado al primer prosélito que el partido ha hecho. No se dirá que este partido carece de programa, pues un programa es, y de los más seductores, el contenido de la respuesta que he dado al *Tercero del Partido*, y si no, ya verán ustedes que pronto, gracias al sistema de atracción que seguimos, viene algún prójimo á darme asunto para escribir otro artículo bajo el epígrafe: *¡Ya somos cuatro!*

IYA NO HAY SINSONTES!

II.

(Concluye.)

La segunda de las décimas de que me voy ocupando es, tal vez, y sin tal vez, mejor que la primera, en la gradación que debe darse á las producciones sinsontes, que está en razón inversa de la que se da á las buenas obras literarias; de modo que, al juzgar dichas décimas, aquella que mayor número de defectos reúna, será la que más perfecta y acabada deba parecernos en el género, especie ó clase á que todas pertenecen. Hé aquí la hermosura indicada:

«Tú has vencido la batalla
Con hechos tan *inmortales*,
Que todos los liberales
Veneran á Santa-Olalla
Tú no has permitido que haya
Ningun *abuso tirano*,
Y como que, *por tu mano*
Se alcanzó el triunfo cumplido,
Recibe etc.

Como verán mis caros lectores, el primer verso revela una novedad de á folio en el poeta que canta ó en el individuo cantado por el poeta, pues, según dicho verso, el obsequiado venció, no en la batalla, sino la *batalla* misma, cosa que conven-dría aclarar, para saber á quién somos deudores de la grata sorpresa que de recibir acabamos.

Ofrece, sin embargo, un inconveniente dicha aclaración, y es el de que el Sr. Santa-Olalla y su inspirado panegirista puedan indisponerse, cuando la disciplina de partido les ordena estrechar las que llamaré relaciones correligionarias. Porque si, realmente, el Sr. Santa-Olalla venció á la batalla, que es lo que se aproxima á significar la supresión de la preposición *en*, el público aplauso debe ser para el Sr. Santa-Olalla, y si este señor venció no á la batalla, sino en la batalla, entónces el premio debido á todo inventor corresponde al señor

Delgado. En cualquiera de estos casos podría originarse un litigio desagradable, y así entiendo que lo más derecho será dejar iguales á los citados señores, dando el premio al cajista, que pudo comerse la preposición *en*, si no se había desayunado cuando compuso en letras de molde lo que el señor Delgado había compuesto en el laboratorio de su particularísima inspiración.

Y ¿cómo venció el Sr. Santa-Olalla á la batalla, si ésta fué la vencida, ó en la batalla, si los vencidos fueron los que con él pelearon? Ya nos lo dice el Sr. Delgado, con hechos *inmortales*, «con hechos *tan inmortales*, que todos los liberales veneran á Santa-Olalla.»

Francamente, no sé yo de qué calibre pueden ser los hechos ocurridos en una contienda pacífica, para que se les aplique la calificación de *inmortales*, y necesito saberlo, porque, siendo, como ya he dicho que soy, más liberal que Chapalangarra, y estando, como debo estar, incluido en el número de los que al Sr. Santa-Olalla veneran, algún derecho me asiste para averiguar el motivo de la veneración que tributo al Sr. Santa-Olalla. ¿Cuáles, pues, han sido los hechos *inmortales* á que alude el Sr. Delgado? El simple acto de votar por Juan ó por Pedro, nada tiene de extraordinario; el de recomendar ésta ó la otra candidatura, nada tiene de sublime; el de hacer prosélitos para una causa, empleando el medio legal de la palabra, nada tiene de heroico. ¿Querrá suponer el Sr. Delgado que el Sr. Santa-Olalla la tomó por la tremenda, arremetiendo él solo á los electores de los bandos opuestos, dándoles sendos mandobles y logrando ahuyentarlos á todos, para que los liberales pudiesen hacer lo que les diera la gana en aquel que, de pacífico y legal palenque, había pasado á ser nuevo campo de Agramante? Pues con pocos testimonios como el del Sr. Delgado, habría lo suficiente para anular las elecciones de San Antonio de los Baños y encausar al Sr. Santa-Olalla. Digase, por consiguiente, lo que hubo, á fin de que sepamos la suerte que les espera al nuevo Municipio de San Antonio, contra el cual no me decido á protestar todavía, y al Sr. Santa-Olalla, á quien venero, una vez que todos los liberales han de venerarle, quieran ó no quieran; y que yo he dado seguridades de ser más liberal que Chapalangarra.

Reconozco, no obstante, la verdad de que el Sr. Delgado es mucho más liberal que yo, puesto que dicho poeta se atreve á rimar *haya con batalla* y Santa-Olalla, licencia que yo no me permitiría nunca, y que, no contento con eso, llama *tirano* al *abuso*, libertad un poco excesiva también, pues probado está que el adjetivo *tirano* corresponde, no al hecho ordenado por el hombre que gobierna según su capricho, sino al mismo gobernante; de lo cual se deduce que, si el Sr. Delgado venera al Sr. Santa-Olalla como ciento, yo solo tengo la obligación de venerar como cincuenta á ese mismo señor, á quien Chapalangarra hubiera venerado como veinticinco; proporción que no rechazará ninguno de los que sepan que yo soy más liberal que Chapalangarra y ménos que el Sr. Delgado.

Tan liberal es este señor que, ya lo ven mis lectores, pareciale poco el anárquico principio de confundir el sonido de la *y* con el de la *ll*, como lo prueba en el hecho de rimar *haya con Olalla* y *batalla*, y el de llamar tirano al *abuso*, en lugar de llamárselo á quien de su poder *abusa*, y llega al extremo de aprobar que en las elecciones de San Antonio sea la mano del Sr. Santa-Olalla la que haya decidido el triunfo en favor de los liberales, que es cuanto concebirse pueda en quien haga profesión de las más demagógicas doctrinas.

Y ahora, ya sabemos que, según el Sr. Delgado, el Sr. Santa-Olalla no venció en la lucha legal de

San Antonio de los Baños por solo el consejo, que era lo único que se le podía consentir, ni siquiera por su cabeza y por su brazo, *consilio manuque*, que es hasta donde habría llegado Séneca, el maestro de Neron, sino sola y exclusivamente por lo del *manuque*, es decir, por el brazo ó la mano, cosa que explica lo *inmortal* y *heroico* de la hazaña. Conste ésto, para que los vencedores de San Antonio lo desmientan, si pueden hacerlo, pues, en otro caso, yo, desde la «pequeña Audiencia» donde vivo, haré que las leyes se cumplan, sin dejar de venerar al Sr. Santa-Olalla, en medio de todo, puesto que á dicho señor le veneran todos los liberales, y yo, lo repito, soy más liberal que Chapalangarra.

Esto dicho, seguiré copiando décimas, ó espine-las, que de ambos modos pueden llamarse las estancias de diez versos inventadas por Espinel.

«Patria, honor y libertad
En tu frente replandece
Y en tu pecho permanece
Valor y heroicidad.»

Y dále con la *heroicidad* y con el *valor*? Decididamente, el Sr. Delgado créa que, en las elecciones de San Antonio de los Baños, hubo algo que puede servir para darlas celebridad bajo la denominación de «Elecciones del zipi-zape, ó de la marimorena», de modo que se necesita ser muy avanzado para aplaudirlas. Bien que, ya nos ha probado el Sr. Delgado su liberalismo, hasta en las cuestiones de rima y adjetivación, como nos lo hace ver ahora en la llaneza con que vuelve singulares los que deben ser plurales; pues, hablando de la patria, del honor y de la libertad, dice que esas tres cosas *replandecen*, en vez de *resplandecen*, como estaba obligado á decirlo, y, refiriéndose al *valor* y *heroicidad*, afirma también que esas dos cosas *permanece*, en lugar de *permanecen*, como también era justo decirlo. Pero, por si más datos se quieren, para saber hasta dónde alcanza el liberalismo del Sr. Delgado, copiaré el principio de otra décima de las *suyas*, que es éste:

«Viendo tu arrojo y grandeza
Inmortal te proclamamos,
Y decididos estamos
A trabajar por tu empresa etc.»

donde, según lo acostumbrado por los antiguos sinsontes, se hacen unisonas la *z* y la *s*, letras que, como millones de veces lo dije cuando era *Moro*, tienen muy diferente sonido. De manera que, ó la empresa del Sr. Santa-Olalla, en las *Elecciones del zipi-zape*, fue empresa con *z*, ó la grandeza del mismo citado señor fué grandeza con *s*, para que en la espina no quede infringida la ley de los consonantes. Digo esto, porque, á la libertad de rimar la *s* con la *z*, no llegaré yo, aunque me precie de ser más liberal que Chapalangarra. En cuanto á la décima que sigue, dice así:

«Yo, aunque rústico guajiro,
Y aunque campesino inculto,
Desde aquí te rindo culto
Y por oírte deliro.
Hoy que entusiasta te admiro
Quisiera ser de antemano
Un vate el más soberano,
Para poder etc.»

Y ya pareció aquello; ya sabemos lo que hay de particular en el verso «un lauro el más soberano», donde yo creí que no había nada de particular. Lo que de particular había en dicho verso era la muletilla «el más soberano», que parece ser tema invariable de los líricos arrobamientos del apolo-gista; pues si éste habla de *lauros*, quisiera disponer del *más soberano*, si se ocupa de vates, desearía él ser *el más soberano* y así no me extraña que vea en el Sr. Santa-Olalla un elector liberal *el más*

soberano, ni que *delire* por oír á este elector, probando así ser él, á su turno, un oyente *el más soberano*. Pero vamos á la última décima, que dice:

«Por fin, tu heroicidad
Tanto llega á merecer,
Que Pontífice has de ser
De la santa Libertad.
Union y fraternidad
Son tus bases principales,
Así, por esfuerzos tales
Recibe con eficacia
El voto y acción de gracia
De todos los liberales.»

Poco hay que hablar aquí, pues lo de la *heroicidad* es una repetición, y no de Losada; lo de *Pontífice*, una *figura pontifical*, que equivale á otra repetición, como que, para un buen creyente, decir Pontífice, es lo mismo que decir *el más soberano* de los soberanos; lo de *las bases*, puros esfuerzos, que así llama el autor á la *union* y á la *fraternidad*, cosa que no me choca, tratándose de la *union*, ya que solo esforzándose mucho puede admitirla un buen liberal, y lo de la *acción de gracia* una economía, si es cierto que debe llamarse acción de *gracias*, á lo que el vate nombra acción de gracia solamente.

¿Y qué sesaca de todo esto? Dos ventajas incalculables. Una el poder ir calculando lo que hará el Sr. Santa-Olalla en otras elecciones, si tanto ha podido hacer en las pasadas, es decir, cuando todavía no estaba *versado*, motivo por el cual sintió el Sr. Delgado la necesidad de *versarle*; y otra el saber que podemos lanzar este grito consolador: ¡Todavía hay sinsontes!!!

SEGUNDA VISITA.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan!

—¿Quién llama?

—El Tío Pilili.

—Pase adelante el Tío Pilili.

—Ya está dentro el Tío Pilili.

—¿Qué dice de bueno el Tío Pilili?

—Digo que, resueltamente, quiero ser gacetillero de DON CIRCUNSTANCIAS.

—¡Ay, amigo! Para eso es necesario que se haga V. acreedor á los dictados de *apreciable*, *estimable*, etc., sin lo cual, no podría V. servir para gacetillero de mi semanario.

—¿Y cómo se ganan esos dictados? ¿Escribiendo con gracia y corrección?

—Eso debe hacerlo todo el que escribe para el público; pero se puede ser muy apreciable y muy estimable, aunque no siempre abunde la vena, y aunque se suela escapar algún *lapsus*, pues la perfección absoluta es cosa que de ningún ser humano debe exigirse.

—Dígame V., entonces, cómo llegaré á ser estimable ó apreciable gacetillero.

—Muy sencillamente, obrando con honradez, ó, lo que es lo mismo, no diciendo V. nunca más que aquello que le dicte su conciencia; de modo que, si un actor ó un cantante merecen ser censurados, no les pida usted dinero para darles elogios, y menos deberá usted pedirlo cuando haya equidad en la aprobación: que si una obra, lírica ó dramática, es mala, ó ha tenido mala ejecución, haga V. una severa crítica, y no una apología, por mucho que le ofrezcan para cometer una injusticia, y sobre todo, que no insulte V. al público, porque éste aplauda ó silbe, cuando á V. le agrada que haga lo contrario, pues el público es siempre el respetabilísimo juez, ante el cual todos debemos inclinar la cabeza humildemente. Lo mismo que le he dicho á V. respecto á los teatros, le diré acerca de las publicaciones, de las tiendas, de todo, en una palabra: que el desinterés presida á sus actos siempre, que nunca admita V. dinero, ó su equivalente, si se lo

dan, y que mucho menos tenga V. el descaro de pedirlo, para decir que tal obra, que tal artículo de comercio, etc., son dignos de recomendación. Hé aquí lo único que puede hacer apreciable ó estimable á un gacetillero, el no ser venal bajo ninguna forma.

—¿Ha concluido V?

—He concluido, Tío Pilili.

—Pues, amigo, no sé cómo he tenido paciencia para oír su sermón, pues, precisamente, soy yo tan recto, que, aunque por decir lo contrario de lo que siento me diesen la perla más grande que hay en el mundo, que es la *Perla de las Antillas*, no vendería jamás mi criterio, bueno ó malo, y hasta la sospecha de que pudiera hacer eso me enardece la sangre. Digo más, si existiese en algún punto de la tierra un gacetillero que no fuera apreciable, ó estimable, en el concepto que V. ha indicado, no cumpliría con su deber la empresa periodística que no le despidiese con cajas destempladas.

—Celebro mucho ese lenguaje, Tío Pilili.

—Es el que corresponde á un hombre digno de alternar con las personas decentes, tenga ó no tenga *Don*, sea un millonario ó un simple jornalero; y ya que he manifestado mis principios morales, voy hablarle á V. de un apreciable gacetillero, que es el de *La Voz de Cuba*, porque no negará V. que ese sea un apreciable gacetillero.

—Muy apreciable y muy estimable, sin duda.

—Pues ese gacetillero se ha ofendido por lo que V. dijo sobre el *todo y Zorrilla*, hasta el punto de que, no contento con asegurar que es muy raro en Méjico el trueque de palabras criticado por V., le ha endilgado á V. un soneto..... que parece un dardo.

Lo sé, Tío Pilili, lo sé, y voy á decir lo que me ocurre. Creo, Tío Pilili, que la explicación que ese joven gacetillero dió del indicado *trueque*, achacándolo á cosa del día de los Inocentes, hubiera debido bastarle. A lo menos yo la habría aceptado, por violenta que me pareciese. En cuanto á la aseveración de que el tal trueque no es universal en Méjico, está equivocado; pues allí, juzgo imposible hallar una sola persona, por instruida que sea, que no diga: *con todo y ropa de*, en lugar de: *con ropa y todo*. Y por lo que al soneto se refiere, sea el tal soneto parto del mencionado gacetillero, ó no lo sea, si éste lo insertó como producción literaria digna de ver la luz pública, hizo lo que debía; pero si obró por resentimiento, muestras dió de una susceptibilidad que solamente los pocos años pueden disculpar en quien se consagra al periodismo; pues con enfadarse un hombre, no conseguirá nunca que pase por bien dicho lo que dijo mal.

—Y bien, ya que este asunto se toca, voy á hablarle á V. de otro gacetillero, apreciable también, porque V. convendrá en que también el de *El Triunfo* es un apreciable gacetillero.

—Muy apreciable y muy estimable por cierto; y puede ese joven estar seguro de que, si no contesté á lo que me dijo, cuando me propuso una charada, fué por olvido, y no por desden, que el desden sentaría mal en cualquier escritor, y en mí peor que en nadie, puesto que, á la circunstancia de no tenerme en más de lo poco que valgo, agrego la de haber llegado á Villa-Vieja, y estar obligado á ser atento con cuantos me dirijan la palabra. Pero, ya que esto me trae á la memoria *aquellos*, suplicaré al buen gacetillero de *El Triunfo* que no me proponga charadas, porque siempre he sido poco aficionado á ese *género de poesía*, y desde hace algún tiempo..... ni mucho, ni poco.

—Me parece bien; pero ¿qué tiene V. que contestar á la prueba que dió ese mismo gacetillero, de que el verso: «Aunque indigno de *versarten*», estaba bien medido?

—Que tomó el rábano por las hojas; porque yo no hablé de la medida del tal verso, sino de lo impropiamente que en él se empleaba el verbo *versar*, y si también reparé en la conjunción adversativa *aunque*, fué porque ésta se repetía en la misma estrofa, sin que tal repetición estuviera justificada por la cuestión de estilo.

—¿Y qué responde V. á lo que el mismísimo gacetillero indica respecto á si las comedias deben escribirse en prosa ó en verso?

—Que yo admito el verso en Calderón, en Shakespeare, en Molière y en otros dramaturgos; que todavía lo comprendo siempre en Breton, y de vez en cuando en García Gutiérrez, en Hartzenbusch y en el mismo Zorrilla; pero que, desde que casi todos los autores han dado en la flor de fiar el efecto á la fácil tarea de rimar *pasión con corazón*, ó con *melon*, y *amargura con tortura*, ó con *fritura*; sin que en sus obras *salga el argumento*, ó dándose como tal un *ciempiés*, me atengo á la prosa. Digo más, digo que ni aún el verso de los autores que arriba he citado quiero admitir, desde que los actores han encontrado un método de declamación, que consiste en repetir sílabas y aún palabras enteras, de modo que hay verso que resulta con una, dos y hasta cuatro ó cinco sílabas más de las que le corresponden. Singular declamación, que no sé de dónde ha salido, aunque me consta que el mismo Romea y la misma Díez solían usarla; pero también recuerdo que no se le pegó el vicio á Carlos Latorre, quien sabía bien que, para dar á un verso el sentido que tiene, no hay necesidad de atribuirle las propiedades de la goma elástica ú otros cuerpos semejantes.

—De todas maneras, *La Fuerza del sino* ha gustado en Tacon.

—Lo creo, porque esa producción es de un verdadero poeta, de aquellos que, cuando escribían para el teatro, procuraban hacer buenas obras en buenos versos, y no como ahora, que, salvo sean raras excepciones, se hacen malas obras en versos peores; y no digo más, porque mis ocupaciones no me lo consienten.

—Entonces, Dios sea con V., DON CIRCUNSTANCIAS.

—Vaya V. con Dios, Tío Pilili.

ESPARTERO.

Ha muerto en Logroño, á la avanzada edad de 86 años, el ilustre personaje que, siendo hijo de un pobre carretero, acertó á elevarse, por sus hechos y virtudes, á suficiente altura, para que los reyes fuesen á buscarle allí donde se había retirado, con el objeto de conocerle personalmente y hacerle un cariñoso saludo.

Sensible es la noticia, y también es sensible que, de los cuatro periódicos diarios que hay en la Hana, solo uno, *La Voz de Cuba*, haya consagrado un recuerdo al insigne veterano de nuestro ejército, al día siguiente de su fallecimiento. No sucederá lo mismo en la capital de España. Se trata del más antiguo de nuestros Soldados y Capitanes Generales; se trata del hombre que ha ocupado los más elevados puestos; se trata, en fin, de aquel á quien la probidad había colocado tan por encima de las pasiones de los partidos, que se puede asegurar que ya carecía de adversarios: lo cual hará que los órganos de la opinión, no sólo en Madrid, sino en toda la Península, dediquen un artículo de fondo á su memoria.

DON CIRCUNSTANCIAS agradece á *La Voz de Cuba* lo que ha hecho; pero, como los apuntes biográficos que publica dicho apreciable colega contienen algunos errores históricos, en el próximo número de este semanario se harán las indispensables rectificaciones, no con la intención de entablar una polémica, sino solo para ilustrar la opinión acerca de varios de los sucesos más importantes que en España ocurrieron durante una gran parte del reinado de Doña Isabel II.

Imprenta Militar, de la Viuda de Soler y compañía, Ríola 40.